

El patio de las locas

Tan quieta, tan pasiva, tan callada. Elisa era así.

Los días que nos dejaban salir al patio, las monjas traían a Elisa como si fuera una muñeca grande y la sentaban en el banco de piedra, donde el sol templaba toda la mañana. Elisa tenía cara de ángel, pelo rubio, ojos verde mar y unas manos suaves como las uvas. Eso parecía, una muñeca grande. Ninguna de nosotras sabíamos por qué estaba allí, qué motivo había dado para recluirla entre esos muros; ella, tan quieta, tan pasiva, tan callada.

Cuando las monjas se iban, Carmela corría hacia el banco y se sentaba a su lado. Algo sucedía en Elisa entonces, algo que parecía llenarla de paz, porque Elisa no hablaba, no comía, no bebía, solo se dejaba morir con la vista puesta en la punta de sus zapatillas; en silencio, sin un gesto, sin un ruido, pero una luz distinta se notaba en sus ojos cuando Carmela le hablaba, cuando la sentía cerca. Y Carmela lo notaba, y la protegía, y le contaba interminables historias en ese banco donde el sol templaba los cuerpos disipando el frío húmedo de la sala, ese frío pastoso que parecía condenado a vivir junto a nosotras en el pabellón. Ellas, tan distintas; porque Carmela era alta, recia, de manos endurecidas de haber trabajado desde niña en el campo, y a su lado, Elisa parecía aún más eso, una muñeca con cara de ángel, una muñeca grande.

A Carmela la encerraron aquí porque sus padres prefirieron que pasara antes por loca que por marimacho. Según contaba, un mal día durante las fiestas del Santo cometió la torpeza de declararle su amor a la hija del maestro, y aquellas palabras corrieron por las lenguas del pueblo como la pólvora, y los días siguientes fueron un no parar de insultos cuando salía a la calle, de peleas a puñetazo limpio con los chicos de su edad, de llorar a escondidas, de ataques de furia ante cualquier comentario. Más pronto que tarde sus padres y el cura removieron Roma con Santiago para que la ingresaran.

Cuando Carmela llegó se emplearon bien con ella, pero ni las sesiones de electroshock, ni los chorros de agua fría a presión, consiguieron enderezar su querencia. No era conflictiva, menos aún una pervertida, por eso desde hacía tiempo la habían dejado de "freir", aunque ella aseguraba que mil veces prefería las descargas, a que la hubiesen casado como querían, con Agustín, el Cojo.

Al patio las monjas lo llamaban jardín, aunque en él solo había un par de árboles y la hiedra, mitad viva, mitad seca, que trepaba por los altos y descascarillados muros. Todas nos alegrábamos cuando nos dejaban salir porque era como volver al mundo, como volver a la vida. Allí se podía respirar, sentir el calor del sol como un abrazo, dejar de oír los gritos de las que tenían el mal día y permanecían atadas a sus camas en el pestilente dormitorio. El patio era otra realidad, la confirmación de que, tras esos muros que la hiedra trepaba, seguía existiendo el mundo que dejamos.

Cuando las monjas se marchaban el patio era totalmente nuestro, y el sol, y el aire, y las nubes que pasaban por aquel trozo de cielo. Sentíamos la libertad de saber que, mientras las hermanas no estuvieran, ninguna voz se alzaría para llamar a los enfermeros. Ellos, tan temidos, tan odiados por todas.

Junto al banco de piedra donde Elisa y Carmela se sentaban, había un largo trecho de cemento que lindaba con uno de los muros, allí las más rápidas y avispadas cogían asiento de cara al sol, mientras las más lentas daban vueltas por el patio o se sentaban en un rincón sobre el suelo de tierra. De cualquier forma éramos felices, porque nosotras, apenas una decena de mujeres desaliñadas, vestidas de beneficencia y gastadas zapatillas de paño nos sentíamos, aunque fuera por un rato, vivas.

A Amparito la llamábamos la Lagartija por su obsesión por el sol y lo escurridiza que era. Más de una vez hizo sudar tinta a los enfermeros que intentaban reducirla. Tenía una actitud muy agresiva si se le llevaba la contraria, así que todas la obedecían cuando exigía un sitio para tomar su tan ansiada ración de sol. Poseía un buen historial de agresiones, más de una monja había pasado por sus manos, pero a Carmela la respetaba hasta tal punto, que era la única persona capaz de calmar a Amparito cuando enfurecía. Del terroso suelo del patio surgían dispersas las pequeñas bocas de los hormigueros. La Toñi siempre estaba cerca de alguno de ellos. En cucullas miraba a las hormigas que entraban y salían afanadas en su constante acarreo, se fijaba en una y la señalaba con el dedo. Con el máximo cuidado lo posaba sobre el cuerpo del insecto, hasta notar cómo el pobre bicho trataba de escabullirse; entonces con toda la lentitud de la que era capaz, seguía presionando a la hormiga contra el suelo hasta que su tacto desaparecía confundido con la tierra. Luego se limpiaba en la falda el dedo ejecutor mientras sonreía satisfecha. Instantes después elegía otra. A la Toñi le gustaba jugar a ser Dios.

Entre las que podíamos salir al patio había de todo: dóciles, bravuconas, ausentes y estorbos. Las que verdaderamente estaban mal se encontraban en la sala de agudos. A esa sala las monjas la llamaban el Infierno. Solían emplear ese nombre cuando amenazaban con meternos allí. Y no les faltaba razón, porque eso era, el más terrible de los infiernos. Mis primeros días de ingreso los pasé en esa sala.

Aquella mañana dos hombres de blanco entraron en mi casa. Ni una palabra hubo. Cuando pude reaccionar me habían puesto la camisa de fuerza. Aún recuerdo con terror ese momento, y los días que le siguieron en aquella diminuta habitación acolchada llena de manchas. El olor fétido, intenso, penetrante; mi propio olor, bañada en sudor y desechos, sin poder mover los brazos que me estrechaban ajenos a mi cuerpo; la camisa de fuerza convertida en segunda piel. Aún tengo las marcas de su roce, de las heridas mal curadas. Luego el Infierno, la sala de agudos, atada a los tubos de una cama que un día fue blanca, ahora desconchada, sucia, descolorida. Las correas en manos y pies, el dolor insoportable de la inmovilidad, el mismo olor nauseabundo de antes multiplicado por todas las que allí estábamos. Los gritos, los llantos, la desesperación insondable, pesada, lacerante, eso que los de fuera llaman locura.

Y luego el otro infierno, ese que prefiero no recordar, del que prefiero no hablar. Tenía dieciocho años.

Para que te encerraran solo hacía falta la solicitud de un familiar que alegara una conducta anormal, imprevisible o potencialmente peligrosa. Nada más. El médico, si es que lo era, te veía con suerte a los tres o cuatro días del ingreso, cuando el estado de agitación y confusión mental poca o ninguna diferencia

tenía con el de un agudo, así que se limitaba a rubricar el internamiento y ya no le veías más.

Yo llegué aquí por mi madre. Cuando se casó de segundas empezaron los problemas. Nunca me llevé bien con mi padrastro, con ella desde entonces, aún menos. Los primeros ataques comenzaron cuando era una niña. Sé que algo sucede dentro de mí, aunque no tenga clara conciencia de ello. Cuando ocurre, lo único que siento es un enorme cansancio. No recuerdo los desmayos, ni las sacudidas, ni nada de lo que dicen me sucede en esos momentos. Se hicieron más frecuentes e intensos de mayor, casi siempre durante o después de discutir con mi madre, con mi padrastro, o con los dos. La convivencia en casa no era buena, pero mil veces la elegiría a cinco minutos aquí.

A los seis meses de mi ingreso me dieron el alta a pesar de los deseos de mi madre. Regresé vencida y sumisa. Me prometí no protestar, no discutir jamás por mucho que viera o hicieran. Volví a ser la misma Sole de antes, a hablar con las amigas, a coser en el taller de doña Lola, y a ocultar todo lo que había vivido entre estos muros.

Aquella tarde oí abrir la puerta, y los enfermeros aparecieron de nuevo sosteniendo la camisa de fuerza. Solo habían pasado seis semanas desde mi vuelta. Grité, supliqué, lloré, deseé matar a mi madre con todas mis fuerzas, y lo intenté, pero los enfermeros eran mucho más fuertes que yo, lo sabía bien; en un segundo me vi atrapada en la rígida y apestosa camisa, volví a oler sus sudorosos cuerpos mientras apretaban las correas, aquel aliento cargado de vino y tabaco. Fui retorciéndome entre los dos camino a la calle. Gritaba, lloraba, suplicaba una ayuda que no venía. Y el revuelo de vecinas, y las voces de "¡Se llevan a la Sole!", y mi madre repitiendo a todos sin descanso "¿Veis cómo está loca?"

Las puertas del furgón se cerraron. No recuerdo nada más hasta que me desperté de nuevo en la acolchada y sucia habitación de aislamiento.

A mi madre todo se le había quedado pequeño. Ni en su casa ni en su conciencia tenía sitio para mí.

Yo no era la única que estaba ingresada por ser un estorbo, también lo era Carmela, y María que, un día harta de las palizas de un marido borracho, perdió la resignación de tantos años y le clavó unas tijeras en el hombro. Él no la denunció, pero la metió aquí, y ella se aguantó con lo que le vino, como había hecho tantas veces. María tenía ocho hijos, el mayor de trece años. Cada uno de ellos representaba un acto de fuerza, una humillación tras los palos. Era su marido, le habían enseñado a aguantar, pero aquella noche sin que ella se explicara por qué, no aguantó; y la rabia se le fue a las manos, y la razón se le nubló de golpe, y la boca le supo a la sangre de tantas veces. Cogió lo primero que vio a su alcance y se las clavó; sí, se las clavó. María nunca estuvo tranquila, sabía que sus hijos se iban a repartir las palizas de su padre, esas que ella no recibiría. Los dos mayores venían a verla cada domingo. En la siempre vacía sala de visitas, María se impregnaba de los besos, de los abrazos que la proveían de la fuerza para ir tirando. Mientras los niños le hablaban, ella les ofrecía el bocadillo de mortadela o la pieza de fruta con el que las monjas le pagaban por limpiar las salas; porque María limpiaba todos los días, de la mañana a la noche, menos el rato del domingo en el que podía estar con sus hijos. "Así no pienso", decía mientras tiraba del cubo y el trapo. "Así no pienso". Pero María pensaba, y se dio cuenta de que hubiese

sido mejor que él la denunciara, porque de la cárcel se sale, pero de estos muros solo podría salir si la sacaban sus hijos cuando fueran mayores. Sabía que a él ya le sobraba, poco tardó en ocupar con otra su lugar en la casa.

María se había convertido en un estorbo para su marido, pero para las monjas era una ventaja. A ellas les convenía que por muy cuerda que estuviera, no se marchara, que limpiara las salas eternamente sucias, que lavara a las inquilinas del Infierno aunque tuviera que hacerlo cada dos días, porque así no existían ojos de fuera que vieran, ni lenguas que contaran todo lo que había encerrado entre estas paredes, mudas espectadoras de la basura que comíamos, de cómo dormíamos, de cómo vivíamos, si es que a esta existencia se le puede llamar vida.

María tenía libertad para andar sin vigilancia dentro del pabellón. Ella y su cubo. Ella y su "Así no pienso" daban continuos viajes para vaciar la pestilente agua y cargar una nueva. Así no pienso. Pero esa mañana a María le dio por pensar, por echar cuentas, y aprovechó la soledad del momento para tomarse una botella de lejía.

Ella solía decir que la línea que separaba cordura y locura era tan fina, que bastaba un gesto, un fugaz pensamiento para cruzarla, y se preguntaba si no estaríamos nosotras locas también, igual que el resto de compañeras que no reconocían haber fraspasado esa delgada frontera que separa las dos conciencias. Yo también me lo pregunto.

De la muerte de María nos enteramos por una monja. Nos lo dijo a bocajarro, indolente, impasible, cuando vino a ofrecernos a alguna de las dos la tarea de limpiar. Carmela y yo nos sentimos aún más solas, aún más desamparadas, aunque al menos nos sirvió de consuelo que pasara su agonía en el hospital, fuera por fin de estas paredes, con los suyos.

Hoy el patio parece más grande. El pedazo de cielo que enmarcan los muros está cubierto por algodonosas nubes grises. La Toñi sigue jugando a ser Dios con las hormigas. Me siento en el banco de piedra como si fuera otra Elisa, quieta, pasiva, callada, mirando las gastadas zapatillas de paño que calzan mis pies. Y me da por recordar aquella noche.

La Sorda era una monja vieja, malencarada, déspota como ella sola. O estaba sorda o se lo hacía, por eso todas la llamábamos así incluso a la cara. Las noches en las que ejercía de celadora eran augurio de cosas malas. Siempre me pregunté si ella lo sabía o lo ignoraba, si lo permitía y por qué. Mientras roncaba en la cabina próxima a la sala, el mundo se podía hundir bajo nuestros pies sin que ella hiciera nada.

Aquella noche la Sorda tenía guardia. El dormitorio estaba extrañamente tranquilo, extrañamente silencioso. Creí ver a dos blancos fantasmas mirando tras el ojo de buey que trepana la puerta de la sala. Luego el chasquido del pestillo. La perpetua luz mortecina de la galería se coló en la habitación. Ellos también. Me acurruqué en la cama todo lo que pude, intentando ocupar el mínimo espacio para escapar de su vista, para desaparecer. Hacía mucho tiempo que no venían, pero allí estaban de nuevo. Su olor a vino y tabaco llegó hasta mí mezclado con el tufo rancio del dormitorio. Me oriné encima y comencé a temblar.

No venían a por mí. A pesar de la vergüenza que me produce reconocerlo, no puedo negar que me alegré. Se acercaron a la cama de Elisa y la levantaron. Cada uno de un brazo la sacaron de allí. Ella, tan quieta, tan pasiva, tan

callada. Carmela dormía a su lado. Despertó sin acierto, sin entender por qué se la llevaban a esas horas.

Cuando volvieron se intuían las primeras luces del alba.

Dejaron a Elisa sentada en su cama, pero ya no era Elisa, era otra.

Carmela se veía incapaz de calmar su continuo y nervioso balanceo, adelante, atrás; o el sonido insistente, como un lejano aullido, que salía de su garganta.

Yo sabía dónde buscar. Y encontré. Carmela me miraba con ojos aterrados, insistentes en una tremenda duda que yo no tenía. Volví a recordar el olor a sudor, a semen, a vino y tabaco. Reviví la primera noche que vinieron, la primera vez que me llevaron a la sala de enfermeros. Recordé sus risas, el aliento de cada uno de ellos, la primera vez que tocaron mi cuerpo desnudo; la primera vez que olí como Elisa, que tuve las marcas y el dolor de sus violentas embestidas, de sus dedos en mis muslos. Tenía dieciocho años.

Las noches que venían a por mí, intentaba aferrarme a la cama, gritar como una posesa hasta que me ponían la mordaza. Las compañeras alborotaban un poco, luego callaban; los enfermeros, por un motivo u otro, inspiraban terror en todas.

Elisa no paraba de balancearse adelante y atrás, ni dejaba de emitir esa especie de apagado aullido, casi imperceptible si no te acercabas a ella. Poco a poco las demás se arremolinaron alrededor de su cama. Cuerdas o no, el dolor de Elisa no le era ajeno a nadie. Para mí, aún menos.

No debí hacerlo, pero lo hice. Le dije a Carmela que volverían, que no sería la última vez que sacaran a Elisa del dormitorio. Puede que se sintiera tan perdida que tomó el único camino que podía tomar si no hubiésemos estado aquí, a pesar de que le supliqué que no lo contara, que guardara silencio, pero Carmela no hizo caso a mis palabras y por la mañana, cuando las hermanas entraron al dormitorio, las llevó a la cama de Elisa, levantó su falda y les mostró las marcas ya amoratadas de sus muslos.

En las mentes lúcidas, racionales, sanas de las monjas, se precisó la causa, la clara explicación a lo que veían. Una de ellas miró fijamente a Carmela y sentenció: "Has sido tú".

María solía decir que bastaba un segundo, un gesto, un fugaz pensamiento para pasar al otro lado de la línea. Carmela se enfrentó a su propia impotencia y la cruzó. Las manos grandes, endurecidas de trabajar en el campo se aferraron al cuello de una de las hermanas, y mientras la monja luchaba por una brizna de aire que alargara su vida, la otra corrió a llamar a los enfermeros, los mismos que la noche antes se habían llevado a Elisa.

Al verlos, Carmela soltó a la monja y fue hacia ellos.

Ella era alta, recia, y peleaba como los chicos. Tenía rabia en los ojos, en las manos, destilaba rabia por cada rincón de su cuerpo. Chocaron como trenes en medio de la sala. Amparito no la dejó sola. Necesitaron recurrir a los enfermeros del pabellón masculino para reducir a las dos. Mientras la inmovilizaban pude oír la voz de uno de ellos: "¡Te vas a enterar de lo que es un hombre, machorra!". Cerré los ojos y apreté con fuerza las manos a mis oídos hasta que se las llevaron, hasta que todo pasó.

Para las monjas solo éramos ganado. Nada significábamos para los nuestros, menos aún para ellas, y Elisa no era una excepción.

Carmela se hizo cargo de Elisa desde el principio, desde que Elisa llegó. Le daba de comer, de beber, la peinaba, la abrazaba... como si fuera su muñeca, una muñeca grande.

Intenté cuidarla como ella, hablarle como lo hacía ella, pero Elisa se negaba a cualquier cosa que no fuera dejarse morir. Imposible hacerle tragar una cucharada de la sopa sin sustancia que nos dan, imposible que bebiera una sola gota de agua. Las monjas no quisieron cargar con un muerto más y la trasladaron sin demora. Nunca conocí su destino.

Yo aún no lo sabía, pero aquella misma mañana se les había ido la mano con Amparito. Tuvieron que "freírla" bien y no aguantó. Recé para que tuviera suerte, para que en su tumba diera el sol desde el amanecer hasta el ocaso. A ella le hubiese gustado. Nada hay mejor que el sol para una lagartija.

Al día siguiente pedí a la monja hacerme cargo de la limpieza, era la única forma de saber cómo estaba Carmela, qué había sido de ella.

No dudaron en darme el cubo y el trapo, pero no me concedieron la misma libertad que a María para moverme por el pabellón. Una de ellas me escoltaba hasta el sitio donde debía limpiar y se quedaba conmigo ordenando, vigilando qué hacía y cómo lo hacía. Me resigné a su presencia, era el precio por saber, por encontrar a Carmela.

No tuve suerte aquel día, solo me tocaron las zonas comunes. Llegué rendida al dormitorio. Sabía que, más tarde o más temprano, me mandarían limpiar las salas de aislamiento o el Infierno. Acompañada por la esperanza y el cansancio me quedé dormida.

La mañana se levantó gris. Mi escolta ya me esperaba con gesto agrio al final del pasillo. Tras responder mi "Buenos días, hermana" con un "Coge el cubo", enfiló el corredor con dirección a las habitaciones de aislamiento. Nunca pensé que pudiera alegrarme por andar de nuevo aquel camino, pero las ganas por saber de Carmela me espoleaban, nada carcome tanto como la incertidumbre.

Al girar a la derecha me paré en seco. Las tres puertas de aislamiento estaban abiertas, nadie había dentro.

El miedo empezó a trepar por mí como la hiedra del patio, el cubo se me hizo aún más pesado de golpe y una mano invisible me oprimía el pecho. La monja se volvió y gritó algo que no alcancé a entender. Apreté el paso con cuidado de que el agua del balde no se derramara y me situé pegada a su espalda. Íbamos al Infierno. Si Carmela no estaba allí, no tenía sentido seguir buscándola.

La sala de agudos es casi tan grande como nuestro dormitorio, aunque con menos camas y mucho más espaciadas unas de otras. Antes de entrar a la habitación ya se oían los gritos, los alaridos. Aquel hedor tan particular me envolvió de nuevo. Aguanté como pude las arcadas, mientras mi guardiana me ordenaba cómo debía lavar a las que estaban más próximas y por dónde empezar a cambiar las camas. Aproveché la entrada de otra monja con el carrito de las curas para mirar a mi alrededor. Apenas media docena de mujeres ocupaban la sala, muchas menos que cuando estaba yo. Me pareció ver a Carmela al final de la habitación, pero otro bramido de la monja escolta hizo que me centrara en ella, en lo que escupía por su boca.

Empecé con la tarea mientras las dos hablaban de mi poca valía, de mis escasos bríos. Conocía bien la rutina, solo que esta vez no era yo la que estaba en la cama. Cuando aflojan la brida para ponerte de costado se produce una extraña mezcla entre alivio y dolor. Permanecer todo el día atada de pies y manos supone una tortura inimaginable. Los gritos y alaridos del Infierno se deben, más que a la demencia, al sufrimiento.

No conocía a la mujer que estaba en la cama. Intenté moverla con delicadeza, su esquelético cuerpo parecía querer romperse en cualquier momento. Se

quejó penosamente y con la mano libre trató de alcanzarme la cara, directa a los ojos. La até de nuevo sin contemplaciones mientras las hermanas se burlaban de mi exceso de confianza.

Una vez lavada, con las sábanas cambiadas y atada de costado, el trabajo lo hacían las monjas. Una a una, debían curar las innumerables llagas que cubrían espalda, codos y talones de todas las inquilinas del Infierno.

Al pasar a la segunda cama, pude comprobar que estaba en lo cierto, quien se encontraba al final de la sala era Carmela.

Olvidé los remilgos y me empleé a fondo para llegar a ella cuanto antes. Necesitaba hablarle, saber cómo estaba.

Las monjas seguían con las curas del principio cuando llegué a su cama. Parecía dormida. Tenía los labios machacados y el cuerpo lleno de marcas. Me acerqué a su cara y susurré dos veces su nombre. No obtuve respuesta. La volví hacia mí sin atarle de nuevo las manos. Fui lavándola lentamente, como si el tiempo solo nos perteneciera a nosotras. Deslicé el paño húmedo por su cuerpo, ahora tan castigado, con todo el amor que aún me quedaba, con todas las ganas de salvarla, de evitarle más sufrimiento. Oí mi nombre en su voz y acerqué mi cara a la suya. Le costaba tanto hablar que apenas entendí las primeras palabras. "¿Cómo está Elisa?", preguntó. Sonreí mientras le acariciaba el pelo y contesté: "Esperándote". Cerró los ojos y a mí se me vino toda la soledad de golpe, todos los miedos, toda mi vida vacía, inútil, sin propósito ni sentido.

Sabía que cada dos días tocaría ir al Infierno, y me apliqué al máximo para que las monjas no me dejaran de lado, para poder estar con Carmela al menos eso, cada dos días.

La segunda vez que la vi no dormía. Mantenía su vista clavada en el techo, ausente de todo. La desaté y la puse de costado. Lavé su cuerpo con mimo mientras le decía bajito que no se preocupara, que pronto estaríamos de nuevo en el patio con Elisa, con Amparito. Noté un ligero roce en mi brazo, su mano apenas podía alcanzarme. Me incliné más para mirarle la cara, seguía con la mirada fija en un desconocido destino, nada me dijo, nada intentó, pero Carmela lloraba.

No dejé ni un minuto de pensar en ella. Aquella mañana algo raro se intuía en el pabellón. Mi agria guardiana no estaba esperándome al fondo del pasillo. Temí que se trastocaran los planes, que no fuéramos al Infierno.

La puerta se abrió y su orden me sonó a música celestial. Cogí el cubo y la seguí. Caminaba más rápido que de costumbre, como si la apremiara el mismísimo diablo. Al llegar a la sala se apostó en la entrada y me dijo que fuera rápido, que no habría curas. Sentí que se paraba el mundo. Si Dios existía, era muy injusto.

Empecé mi tarea con un nudo en la garganta. Mi escolta metía prisa desde la puerta, cada vez más imperativa, más nerviosa, más áspera. Y a mí se me hacían un lío las manos, y la desesperación, y las ganas de llegar hasta Carmela para, al menos, poder tocarla.

Al llegar a su cama, la voz de mi escolta se hizo audible a pesar de los gritos, de los quejidos: "¡Cuando termines regresa a la sala!", y se marchó de allí con un bufido. En ese momento Dios volvió a existir para mí.

Carmela seguía con la vista anclada al techo. Solté sus ataduras y empecé a lavarla con mimo, despacio, en silencio. El tiempo, hoy sí, era únicamente nuestro.

Cuando terminé me senté al borde de su cama. Mientras acariciaba su pelo, sus manos, le dije: "Si no me ayudas, no podré hacerlo".

Levanté su cabeza con cuidado y le quité la almohada. La coloqué sobre su cara con suavidad y apreté tapando los huecos.

No luchó. Cuando sus dedos dejaron de estar crispados, devolví la almohada a su lugar, cerré sus ojos y le arreglé el pelo. La besé en la frente, en sus manos grandes, endurecidas de haber trabajado en el campo, y me marché de allí dejando parte de mí en ella, llevando algo de ella en mí.

La hiedra, ahora seca, se cansó de trepar los descascarillados muros. La Toñi hace mucho que dejó de jugar a ser Dios con las hormigas. Las monjas están preocupadas por una nueva ley que, según dicen, cerrará todos los centros psiquiátricos, como ahora los llaman. Demasiado tarde para algunas de nosotras.

El patio permanece igual, aquí se puede respirar, sentir el calor del sol como un abrazo. Cuando las monjas se marchan el patio es totalmente nuestro, y el aire, y las nubes que pasan por este trozo de cielo. Me siento frente al banco de piedra donde Elisa y Carmela ríen, se gastan bromas. Amparito no discute con nadie, es una lagartija feliz.

María me pregunta cuándo crucé esa delgada línea que separa la razón de la locura, y yo no sé qué contestar. Solo que me siento viva en este patio, con ellas, con todas ellas, porque este es nuestro mundo, lo único realmente nuestro, solo un patio, el patio de las locas.